

de  
St. CYPRIEN



El día 6 de los corrientes, recibimos de repente un aviso: hay que trasladarse inmediatamente a Gurs. Salida rápida. Unos trescientos kilómetros de viaje.

Nos echamos al bolsillo algunos lapiceros de dibujo, algunos tubos de color y metemos en algunas carpetas unas docenas de cuartillas. Y con estos pobres medios, sin una mala mesa, dibujando y escribiendo sobre el suelo o sobre las rodillas, hemos confeccionado este número de nuestro Boletín, dedicado a conmemorar el 150 aniversario de la Revolución Francesa.

Allá, en Saint-Cyprien, se ha quedado por ahora nuestra pequeña biblioteca, nuestro mate-

rial escolar y nuestras máquinas de escribir. Esperamos que las entidades que han favorecido nuestra obra cultural en Saint-Cyprien y que nos han prometido trasladar a nuestra nueva residencia todo ese pobre pero para nosotros precioso material, lo llevarán a cabo en el plazo más breve posible.

Esperamos, así mismo, que las nuevas Autoridades Militares de las que hemos empezado a depender, sabrán dejar en buen lugar a la Cultura Francesa, como lo han sabido hacer las de Saint-Cyprien, al prestarnos toda clase de facilidades, para dar al Campo de Concentración un tono espiritual que honra por igual al que lo realiza y al que lo posibilita.

GURS





# la TOMA de la BASTILLA

14 de Julio de 1789.

Luis XVI, de acuerdo con la nobleza y el clero, se dispone a extrangular la Asamblea Nacional. Necker ha sido despedido. Veinte mil soldados esperan órdenes para apresar o asesinar a los Diputados del Tercer Estado. Un oficial reaccionario y expeditivo, Broglie, tiene ya plenos poderes para mover a su antojo aquellas tropas. Pero el Pueblo no está dormido. Dos días antes, un periodista revolucionario, Camilo Desmoulins, ha denunciado públicamente los tenebrosos planes de la Corte. Su vigoroso llamamiento a las armas no ha caído en el vacío. El parque de los Inválidos ha sido saqueado. El Pueblo tiene ya fusiles y cañones. En la mañana del 14 de Julio, más de 12.000 parisienses se disponen a tomar la delantera a los esbirros de la monarquía. El que da primero, da dos veces. Por un lado, amenazan al pueblo los suizos y alemanes de Versalles; y por el otro, las piezas de Artillería de la Bastilla. Pero la muchedumbre no vacila necesita descargar un golpe, a la vez simbólico y real, y se dirige a la Bastilla. La célebre fortaleza era particularmente odiada por el Pueblo a causa de su carácter de prisión de Estado, en la que habían sido encerrados los intelectuales más ilustres y populares de la época; Voltaire, Diderot, Mirabeau, etc. Tras de algunos forcejeos, el gobernador militar de la fortaleza, Launay, tuvo que capitular. Por los patios de la Bastilla rodaron las cabezas de los últimos canchales de la tiranía. Después de Launay, tuvo que capitular Luis XVII. La Revolución había triunfado.

Un escritor reaccionario español, D. Federico Camp, asegura tranquilamente en la Historia Universal publicada por el Instituto Gallach, que la toma de la Bastilla es un hecho que se ha abultado tendenciosamente y que no tuvo otro valor que el de demostrar el poder de la demagogia.

¡Bendita demagogia que salvó a veinticuatro millones de franceses de la tiranía de medio millón de parásitos privilegiados y que registran los anales de la Historia, como el hecho que hizo posible el triunfo del movimiento emancipador más importante.

